

Julie Klassen

*El puente
a Belle Island*



*A nuestros hijos, Aaron y Matthew.
Os queremos muchísimo.*

*Y un inmenso gracias a todo el mundo
que ha rezado por nuestra familia.
Valoramos vuestras oraciones más de lo que os imagináis.*

«Toda la humanidad es de un autor, y es un volumen...
Ningún hombre es una isla entera por sí mismo».

Poeta JOHN DONNE

«Dejemos que cada hombre elogie el puente que lo lleva».
Proverbio inglés

«Por eso los fieles te invocan en momentos de angustia;
caudalosas aguas podrán desbordarse, pero a ellos no los
alcanzarán».

SALMOS 32:6

Capítulo 1

Abril 1819

Benjamín Booker estaba sentado en la corte penal (comúnmente conocida como Old Bailey) con el corazón desafiado. Por fin se estaba celebrando el juicio del que, hasta la fecha, era su caso más importante. Ahora tenía la oportunidad de demostrar su valía ante los socios de su despacho.

La sala del tribunal presentaba el ambiente bullicioso habitual: espectadores ruidosos y periodistas en la galería, testigos que esperaban su turno y abogados con pelucas provocándose verbalmente como púgiles en un cuadrilátero.

Las enormes salas brillaban con los paneles de madera pulida y una cruz coronada adornaba la pared sobre el asiento elevado del tribunal, donde se sentaba el juez que presidía el tribunal con su esplendorosa vestimenta. A su izquierda, se situaban los doce miembros varones del jurado, dispuestos en tres filas de bancos de distintos niveles, escuchando el testimonio.

Como letrado, el trabajo de Benjamín había consistido en una labor preparatoria de segundo plano. Ahora le correspondía poner toda la carne en el asador al abogado que había contratado para defender el caso ante el tribunal. Benjamín, sentado a un lado como estaba, elevó una plegaria silenciosa para que todo saliera bien. En ese momento sintió una punzada de culpa, pues se dio cuenta de que no había rezado mucho últimamente. Había estado tan seguro de que Susan Stark decía la verdad, que había apostado su carrera y su reputación al resultado de ese juicio.

Y estaba siendo un auténtico desastre.

El caso era el siguiente: William Stark había contraído matrimonio con Susan Wettenhall, una impresionante belleza sin fortuna. Pero ahora había conocido a una rica heredera que contaba con una retribución de cinco mil libras al año y se arrepentía de su decisión. Como era prácticamente imposible obtener el divorcio, había decidido acusar a su esposa actual de bigamia para librarse de ella, alegando que había descubierto que ya estaba casada.

La esposa, por su parte, tenía sus propias pruebas: cartas entre su marido y la heredera con la que quería casarse, testigos que los habían visto reunirse de forma clandestina, incluso un anuncio en el periódico que había mandado publicar el señor Stark, ofreciendo una recompensa a una mujer llamada Jane Wilson (un nombre de lo más común) para que testificara en el caso.

El propio Benjamín había entrevistado al vicario que había casado al señor y la señora Stark hacía un año. Todo parecía estar en orden. Aun así, había tenido que emplear todas sus dotes de persuasión para convencer a un conocido abogado a fin de que defendiera a la agraviada esposa en la corte. El señor Sullivan se había mostrado reticente al principio, pero después de que Ben le aseguró que ganarían, aceptó el encargo.

El señor Knowles, a cargo de la acusación, había empezado llamando al asistente parroquial de St. James, en Piccadilly, donde supuestamente se había celebrado el primer enlace de Susan.

El asistente había inscrito un matrimonio entre Enos Redknap y Sukey Hall. El apellido de la novia se parecía al apellido de soltera de la señora Stark, pero no era el mismo, y el testigo reconoció que no recordaba a las personas involucradas, ni pudo identificar a la acusada.

El juicio había tenido muy buen comienzo.

Pero luego un segundo testigo, la señora Pruitt, anteriormente conocida como Jane Wilson, identificó a la acusada como Sukey Hall y dijo haber estado presente en la boda.

Sullivan, que había previsto que se produjera esa posibilidad, preguntó:

—¿Puede alguien demostrar que usted es la Jane Wilson que firmó en el registro?

—Mi marido y mi hermana pueden atestiguar que ese era mi apellido de soltera, por supuesto —respondió la mujer señalando el libro del registro—. Y ahí aparece mi nombre, les juro que es mi letra.

La testigo fue tan convincente que Benjamín sintió una opresión en el pecho y empezó a marearse. «Tranquilo, Booker», se advirtió a sí mismo.

Sullivan mostró el anuncio que el señor Stark había publicado y preguntó a la señora Pruitt si había recibido algún tipo de remuneración por su testimonio. Ella lo negó, pero Benjamín esperaba que el abogado hubiera sembrado la duda en el jurado.

La siguiente en testificar fue la antigua propietaria de la casa de huéspedes donde la señorita Hall se alojaba en esa época, y ahí fue cuando el caso empezó a hacer aguas. La mujer también identificó a la señora Stark como Sukey Hall. No había presenciado el enlace con sus propios ojos, pero sí brindó después por los novios en su casa.

Benjamín sintió la mirada de sorpresa y enfado de Sullivan desde el rabillo del ojo, pero continuó mirando al frente con obstinación, con un nudo en el estómago. ¿Se había equivocado con esa cliente? Los socios no tolerarían un error semejante. Y lo que era aún peor, perdería su trabajo y tendría que soportar los constantes «te lo dije» de su padre.

La señora Stark protestó desde el banquillo de los acusados:

—¡Seguro que ha recibido algo de esas cinco mil libras, señora!

—Por desgracia no, querida —repuso alegremente la anciana—. Y eso que hoy en día no tengo dónde caerme muerta.

Sullivan hizo algunas preguntas más a la octogenaria, con la esperanza de encontrar algún fallo en su memoria, pero la mujer se mantenía muy lúcida.

Por fin llegó el turno de testificar del señor Stark.

—Mire a la joven que está sentada en el banquillo de los acusados —le indicó Knowles—. ¿Está casado con ella?

—Sí, desde el pasado seis de abril.

—¿Vivía en ese momento su primer marido?

—Sí... y todavía está vivo. Aunque hace muy poco que sé de su existencia.

—¿Y cómo obtuvo usted ese conocimiento cuando es un dato que, obviamente, se le ha escapado al abogado defensor? —Knowles lanzó una mirada burlona a Sullivan quien, a su vez, volvió a taladrar con la vista a Benjamín.

—Mi padre tenía sus sospechas y contrató a un hombre de Bow Street para que investigara a su nueva nuera —explicó el señor Stark—. Él fue quien descubrió que había contraído matrimonio, sin yo saberlo, con una mujer que ya estaba casada—. Se sonrojó ante la confesión—. Ella me engañó.

Susan miró con tristeza al juez.

—Nunca pedí al señor Stark un solo penique, se lo juro por Dios. Y estuvo dándome la tabarra todos los días para que me casara con él. Él sabía lo que era. No era ningún secreto para él. Y, aun así, contrajo matrimonio conmigo.

Ahí estaba. Lo que acababa de decir era casi una confesión en toda regla. Ben sintió náuseas al darse cuenta de que la mujer le había engañado en sus propias narices y que él se había creído cada una de sus mentiras.

El señor Stark la miró y espetó con frialdad:

—Estás muy equivocada si crees que, a sabiendas, habría contraído un matrimonio bígamo con una mujer de dudosa reputación.

Benjamín sintió cómo la bilis le subía por la garganta.

Después de aquello, Sullivan continuó con un interrogatorio somero al señor Stark y no llamó a ninguno de los testigos que estaban esperando para declarar. Benjamín sabía que todo había terminado. Se le cayó el alma a los pies, al tiempo que su carrera se hundía. Al igual que el señor Stark, había sucumbido a los embustes de una cara bonita. Había fracasado por completo.

Al final, la acusada apeló a la misericordia de la corte y, alegando pobreza y penurias, pidió clemencia. Tras una breve deliberación, el jurado la declaró culpable. El juez la condenó a seis meses de prisión en una casa de corrección¹ y a una multa simbólica de un chelín.

1 N. de la Trad.: Las casas de corrección están en el origen de lo que hoy son los centros penitenciarios. Fueron instituciones pioneras en utilizar el trabajo forzado como medio para corregir a los penados. Estaban pensadas para acoger tanto a personas que habían cometido crímenes menores, como a pobres, mendigos y huérfanos que no tenían hogar.

Estaba claro que no pagaría los honorarios del abogado. Y como era el despacho el que había contratado los servicios de Sullivan, serían ellos los que tendrían que hacer frente a ese gasto. Benjamín decidió en ese momento asumir el coste con sus escasos ahorros.

Sullivan estaba furioso y se sentía humillado por la rotunda derrota. Siseó en voz baja que diría a todo el mundo que Benjamín Booker le había asegurado que la mujer era inocente y que lo convenció para que aceptara el caso en contra de su buen juicio.

No podía culparlo. Él también estaba enfadado consigo mismo y no podía dejar de torturarse, pensando en la reacción que tendría el señor Hardy cuando se enterara de su colosal metedura de pata. Algo que todo el mundo sabría en breve gracias a los chismorreos de los asistentes al juicio, el regodeo de sus adversarios y los artículos de los periodistas.

Cuando procedieron a llevarse a la acusada, Benjamín se obligó a confrontarla.

—Lo siento, señor Booker —dijo ella—. Nunca pensé que encontrarían a Jane, no después de que se casara. ¿Y quién podía imaginarse que esa otra anciana seguiría con vida? Derribaron su casa de huéspedes hace años. Bueno, gracias por intentarlo.

—Le aseguro que no lo habría hecho si hubiera sabido que mentía sin ningún pudor.

—Ah... —dijo ella con pena—. Echo de menos la admiración que una vez vi en sus ojos. —Parpadeó para contener las lágrimas—. Lo cierto es que, seis meses después de casarnos, Enos me abandonó para ir tras las faldas de una cantante de ópera. Me di cuenta demasiado tarde de lo peligroso que era, así que me cambié de nombre para protegerme. Cuando el señor Stark comenzó a cortejarme me pareció un regalo caído del cielo. Tuve la sensación de que no me quedaba otra opción que volver a casarme si quería sobrevivir.

«¿Será cierto algo de lo que dice?», se preguntó él. Decidió no rendirse a sus manipulaciones (ojalá lo hubiera hecho antes) y salió de la sala entre abucheos con la cabeza gacha y el rostro ardiendo.

A continuación, fue al despacho de Norris, Hardy y Hunt. El señor Hardy no se encontraba allí en ese momento, sino reunido con un cliente, por lo que Ben tendría que aguardar hasta bien entrada la tarde

para hablar con él. Temía que llegara aquella conversación, aunque al mismo tiempo la anhelaba, con la esperanza de que su mentor le perdonara, o al menos le entendiera.

Benjamín esperó hasta que prácticamente anocheció antes de salir del despacho. Los faroleros ya habían iluminado las calles cuando cruzó Lincoln Inn's Field y luego tomó la calle Coventry hasta Queen's Head. El señor Hardy siempre había preferido esa taberna aislada a Seven Stars, que estaba mucho más cerca, pero tan concurrida por profesionales del derecho que cualquier rival podía oír todas tus conversaciones.

Se quitó el sombrero, entró en el tranquilo establecimiento y examinó el interior. La madera oscura, las chimeneas encendidas y los rincones acogedores solían presagiar comodidad y placer, pero no en esa ocasión.

El señor Hardy había llegado antes que él y estaba sentado, fumándose un puro, en el sitio habitual, junto a la chimenea. El socio principal no solía beber nada más fuerte que una cerveza; esa noche tenía un vaso de *whisky*.

Benjamín captó el significado al instante. A él también le habría encantado ahogar sus penas en el alcohol, pero se abstuvo de pedir nada. Sabía que el alivio solo sería temporal y cuán dolorosas las consecuencias.

—Lo siento, señor. Lo siento muchísimo. Estaba completamente convencido de su inocencia.

De pronto, el rostro delgado y apuesto de su mentor hizo que este pareciera mayor que sus cincuenta y cinco años.

—Lo sé. Te jugaste tu nombre en este caso... y el de Sullivan.

Benjamín se estremeció por dentro.

—Y ahora he provocado un daño irreparable no solo a mi reputación como profesional sino a la de todo el despacho.

Robert Hardy le interrumpió, levantando una mano.

—No hace falta que me repitas toda la historia. Sullivan me localizó y me informó de los detalles. Me ha dicho que no volverá a representar a ninguno de nuestros clientes. Y es uno de los mejores abogados.

Benjamín se sentó, envuelto en una neblina de humo de tabaco, cítricos y especias.

—Señor, vuelvo a decirle que lo siento. Yo...

—Basta de disculpas —espetó Hardy—. El arrepentimiento no resuelve todos los problemas. A veces hay que tomar medidas.

Recibió aquellas duras palabras como una bofetada en la cara. De pronto, volvía a ser un niño amedrentado por la severa mirada de desaprobación de su padre. ¿Iba a despedirlo el señor Hardy? No podía culparlo si así fuera.

Su mentor le observó con detenimiento y suavizó la mirada.

—Bueno, no voy a fustigarte más. Ya lo has hecho tú bastante por los dos. A quien culpo es a esa maldita mujer.

Benjamín asintió.

—La creí a pies juntillas, señor. Menuda actriz está hecha. Y qué tonto he sido, un tonto estúpido y crédulo.

El hombre mayor suspiró.

—No eres el primero al que engaña una mujer hermosa, ni serás el último. —Hizo girar el *whisky* en el vaso—. Se acabó. Hiciste lo que creíste que había que hacer. Asumiste un gran riesgo para proteger a alguien a quien tenías en alta estima, aunque cometieras un error. En cierto modo, eso es algo encomiable. Pero no te equivoques, esto tendrá sus consecuencias. —Volvió a suspirar—. Estos últimos años están siendo muy difíciles. El fallecimiento de mi querida esposa. El matrimonio decepcionante de mi hija. El retiro de Norris. Capstone dejando la ciudad para ejercer en una aldea. ¡Un abogado de campo! Espero que no se te ocurra hacer lo mismo.

—Nunca, señor. Ya sabe que soy un londinense de pura cepa.

Hardy asintió con la cabeza.

—Y ahora esto... No voy a negar que ha sido un mazazo.

Benjamín agachó la cabeza, con las orejas rojas por la vergüenza.

Su mentor debió de darse cuenta, porque se inclinó sobre la mesa y le dio un apretón en el hombro para tranquilizarlo.

—Arriba ese ánimo. Ya nos las apañaremos para seguir luchando.

Hardy se recostó en su asiento y se puso a jugar con el vaso. Pero entonces se le resbaló de los dedos y se derramaron algunas gotas. Algo que extrañó a Ben, pues casi nunca lo había visto tan distraído.

De repente, el hombre mayor miró el reloj y se levantó bruscamente.

—No sabía que fuera tan tarde. —Se puso un par de guantes gastados y manchados, no mucho mejores que los que él llevaba. Supuso que la falta de una esposa se reflejaba en el cuidado de la ropa de un hombre—. Cordelia me esperaba hace una hora.

Benjamín también se puso de pie, tragó saliva y preguntó:

—¿Cómo está su hija?

—Bien. Enorme. Mi primer nieto llegará al mundo cualquier día de estos.

—Oh... Enhorabuena, señor. Podría habérmelo dicho antes.

—No quería echar sal en la herida.

—En absoluto, señor. Me alegro por ambos.

—Gracias.

Benjamín lo siguió afuera. Doblaron la esquina y empezaron a caminar por la calle Haymarket, con el olor agri dulce de la taberna todavía en la ropa.

Como sabía que los ladrones rondaban a menudo por la noche, dijo:

—Lo acompaño hasta su casa, señor.

—No es necesario.

Pero decidió quedarse con él. Llevaba al lado de ese hombre años, y le pareció correcto caminar junto a él después de un día duro.

Mientras se acercaban a la plaza St. James, oyeron un grito: el de un sereno. Lo siguieron hasta la plaza.

Allí encontraron a una mujer llorando y lamentándose en voz alta. Los abogados intercambiaron una mirada de preocupación y corrieron por delante de la estatua de Guillermo III, atravesando el jardín central.

La plaza St. James era una zona muy de moda y popular entre las clases altas y la aristocracia. Sin embargo, en las hileras de casas adosadas en el lado sur, bastante más modesto, vivían artistas, políticos y profesionales.

Al acercarse a estas casas, Benjamín vio a un sereno entrado en años bajo el porche del número veintitrés, con sus faroles encendidos.

—La residencia de la familia Wilder... —informó el señor Hardy con la respiración entrecortada. Después se volvió hacia él con los labios apretados—. Aquí vive Percival Norris.

El señor Norris prácticamente se había retirado de Norris, Hardy y Hunt para centrarse en la herencia de la familia Wilder, de la que era

administrador único. Hacía tiempo que Benjamín no veía al hombre, pero su apellido seguía en la puerta del despacho, en los mimbres y en muchos de los viejos archivos.

Detrás del sereno se encontraba una criada de mediana edad, llorando pañuelo en mano.

El señor Hardy se dirigió al sereno:

—Conozco al caballero que vive aquí. ¿Qué ha pasado?

—Me temo que está muerto, señor.

La criada se puso a llorar con más fuerza.

El sereno de pelo cano hizo una mueca y señaló con el pulgar en dirección a la casa.

—Acaba de entrar el agente del distrito.

Benjamín miró a su mentor, abatido por el hombre que ya había perdido tanto.

—Lo siento, señor.

Poco tiempo después, un agente salía por la puerta. Reconoció al joven Buxton por algunos casos anteriores.

—Oh, buenas noches, señor Hardy. Señor Booker —les saludó el oficial en cuanto se percató de su presencia—. Supongo que ya se han enterado. Su socio, el señor Norris, ha sido asesinado.

—¿Asesinado? —repitió el señor Hardy—. Cielo santo. ¿Cómo? ¿Está seguro?

Buxton asintió.

—Eso es lo que parece. Creo que ha sido un intruso. Voy a avisar a Bow Street y al forense.

—¿Puedo entrar? —preguntó Hardy con gesto sombrío—. Era un viejo amigo mío.

El oficial vaciló un instante, pero al final se encogió de hombros.

—No veo por qué no. Como abogados que son saben que no deben tocar nada. Seguro que ahora se abrirá una investigación. —A continuación, ordenó al sereno que hiciera guardia y se alejó para alertar a las autoridades competentes.

—Entraré con usted. —Se ofreció Benjamín.

Ahora fue el turno de dudar de Hardy.

—Gracias Ben, pero debes irte a casa. Ya has tenido bastantes crisis por hoy.

—No, señor. Es lo menos que puedo hacer. No debería hacer esto solo.

Al ver que el hombre mayor no se oponía más, comenzó a subir las escaleras y estudió la cerradura de la puerta.

—No hay indicios de que la hayan forzado. ¿Hay alguna entrada trasera?

—Sí —respondió el sereno—. Estaba sin seguro y abierta cuando llegué.

La criada se limpió la nariz.

—Soy el ama de llaves. Le mostraré el camino. —Los condujo a través de la casa hasta el jardín trasero. Benjamín caminó junto a Hardy, que iba con gesto decidido. Tenía que ser horrible saber que estabas a punto de ver el cadáver de un amigo, y más si había tenido un final violento, como parecía ser el caso. La idea hizo que se le formara un nudo en la garganta, así que se recordó que ya había visto a un hombre muerto antes y que estaba más acostumbrado de lo que le gustaría a escuchar detalles sobre homicidios y asesinatos.

Cuando llegaron a la entrada trasera, volvió a buscar signos de violencia, pero no encontró ninguno.

—No siempre cerramos esta puerta —señaló el ama de llaves con tono de disculpa.

—¿Alguna ventana rota?

—No que yo haya notado. —La mujer señaló el pasillo—. La primera puerta a la derecha. Usaba el gabinete como despacho. —Sin embargo, no los acompañó y se marchó a toda prisa.

La puerta en cuestión estaba cerrada. Al ver que Hardy vacilaba, extendió la mano y la abrió.

En el interior, había una lámpara encendida sobre un armario alto que iluminaba la estancia. Un hombre de cabello gris yacía bocabajo sobre el escritorio, con una mejilla presionando contra la superficie y el pelo sobre la frente. El ojo que podía verse miraba al vacío. Tenía el brazo derecho extendido sobre la mesa, con una pistola en la mano. La mano izquierda estaba cerrada en un puño al otro lado.

El señor Hardy miró el arma.

—Ni siquiera sabía que tuviera una.

Benjamín miró a su aturdido mentor y luego volvió a fijarse en el cadáver. Recordaba a Percival Norris como un hombre robusto, seguro de sí mismo y lleno de arrogancia. Ahora todo eso había desaparecido. Solo quedaba un pálido caparazón de la persona que había sido.

Examinó la escena.

—No me extraña que el oficial piense que lo ha matado un intruso. Hay un cajón abierto. La pistola en la mano. Puede que viera u oyera a un extraño y sacara el arma. Pero lo mataron antes de que pudiera disparar.

Hardy miró a su alrededor con total incredulidad.

—¿Cómo? ¿Con qué?

—No lo sé. —Al igual que su mentor, no vio nada que potencialmente pudiera ser un arma, excepto tal vez una licorera vacía sobre el escritorio. Pero tampoco había sangre ni ninguna herida visible en el difunto.

Entonces se fijó en un vaso roto que había en el suelo, al otro lado de la habitación, y una veta brillante en la pared. ¿Alguien había tirado un vaso por enfado, o para defenderse?

En ese instante regresó el joven oficial y les anunció:

—El forense llegará en cualquier momento. —Se detuvo cerca de la puerta como un centinela y se balanceó sobre los talones mientras esperaba.

Unos minutos más tarde, entró un hombre alto, de pelo oscuro y de treinta y cinco años y se paró en seco cuando descubrió que había más personas en la habitación. O al menos dos personas en concreto. Era joven para ser forense y estar cubriendo una vacante en Westminster. Pero siempre había sido muy ambicioso.

El forense frunció el ceño.

—¿Qué están haciendo aquí? ¿Esto es una escena del crimen o un club social?

El oficial parpadeó y respondió:

—Lo siento, señor. Los conozco a ambos. Son abogados. Amigos del fallecido.

El ceño del forense se hizo incluso más profundo.

—Yo también los conozco y no por eso dejo que entren aquí.

—Lo siento, señor. No volverá a ocurrir.

Benjamín saludó al hombre sin ningún tipo de cordialidad.

—Buenas noches, Reuben

—Benjamín. —El forense bajó la barbilla y lo taladró con una mirada mordaz—. ¿No tienes nada más importante que hacer, sobre todo ahora?

Pues sí que se habían propagado rápido los rumores. Benjamín alzó la cabeza.

—¿Más importante que la muerte de un hombre?

—Eso es cosa mía. No tuya.

—Entonces será mejor que empieces.

Reuben gruñó por lo bajo y se puso a inspeccionar la habitación, el cadáver y el arma.

Benjamín señaló el vaso roto.

El forense se volvió hacia el señor Hardy.

—¿Tenía el señor Norris la costumbre de lanzar vasos contra la pared?

—No —contestó Hardy—. Solo los bebía hasta dejarlos vacíos. A menudo y demasiado rápido.

—¿Eso significa que era un bebedor empedernido?

Hardy hizo una mueca.

—Eso me temo. De hecho, cuando me dijeron que estaba muerto, lo primero que pensé es que, en esta ocasión, la borrachera se le había ido de las manos. —El señor Hardy bajó la mirada, como si estuviera avergonzado por su viejo amigo.

Aquello era nuevo para Benjamín. Hardy nunca le había comentado nada sobre los excesos del señor Norris con el alcohol, probablemente para proteger su reputación.

Reuben asintió con la cabeza.

—La licorera vacía lo corrobora. —Quitó el tapón de cristal azul y aspiró—. Ginebra.

Después extrajo un instrumento estrecho de su bolsillo interior y apartó el pelo de la sien del difunto, revelando un pequeño corte con sangre coagulada. Benjamín se estremeció de lástima.

El forense se agachó y estudió la herida.

—Se trata de una contusión menor. Algo le golpeó.

Los ojos del señor Hardy se abrieron como platos.

—Rayos y centellas.

—¿Tal vez cuando cayó sobre el escritorio? —murmuró Benjamín.

—No lo creo. —Reuben se acercó a la boca del cuerpo y olisqueó—. No es ginebra. Quizá... ¿naranjas?

Benjamín se acercó a la pared, pasó un dedo por la sustancia pegajosa que caía por ella y la olió. Entre los aromas a cuero, barniz y tabaco, percibió una esencia a naranja, tanto ácida como dulce.

—Creo que vino de naranja.

Poseía un agudo sentido del olfato. Lo que podía ser una bendición o una maldición, dependiendo de las circunstancias. Volvió a escudriñar la habitación, pero no vio ninguna botella u otra licorera.

Fue hasta el escritorio y estudió de cerca la cara del señor Norris. Le llamaron la atención varios detalles. Oyó la voz sombría de su padre en la cabeza y los fue señalando uno por uno.

—¿Ves esa saliva de ahí? ¿La espuma? Y fíjate la forma en que apretó la mano, como si le doliese. ¿Y si ha sido un envenenamiento?

Reuben miró el cadáver y frunció el ceño un momento. Luego se volvió hacia Benjamín.

—¿Quién es aquí el forense? ¿Tú o yo? Siempre dije que deberías haber estudiado Medicina en vez de Derecho. Pero no me hiciste caso, así que te agradecería que te guardaras tus legas opiniones para ti mismo. El único veneno que veo aquí es este. —Reuben volvió a tocar la licorera vacía. Aunque inmediatamente después se enderezó, cuadró los hombros y agregó—: Por supuesto que haré un examen exhaustivo durante la autopsia. Pero por el momento, he visto lo suficiente como para saber que no estamos ante una muerte accidental o por causas naturales. —Hizo un gesto de asentimiento al oficial—. Convoca a un juez pesquisidor. —Luego volvió a mirar con exasperación a Benjamín—. Ahora, ¿os importa a ti y a tu «estimado» señor Hardy abandonar la habitación? —Al ver que dudaban, el forense levantó los brazos y les echó de allí como un ganso furioso agitando las alas—. Fuera. Nadie debe estar cerca del cadáver hasta que se realice la autopsia.

Mientras salían por la puerta, el señor Hardy masculló por lo bajo:

—Veo que tu hermano sigue tan encantador como siempre.

—Sí —reconoció él.

Siguieron al agente hasta un salón cercano para esperar al oficial de Bow Street.